

## CONTRA LA EDUCACIÓN FÍSICA: LOS INTELECTUALES (I) / *AGAINST PHYSICAL EDUCATION: THE INTELLECTUAL (I)*

Dr. D. José Luis Pastor Pradillo  
*Universidad de Alcalá*

Haciendo una excepción en el formato de esta sección, ante lo prolijo y complejo del tema elegido, haremos referencia a diversos documentos que relacionados entre sí pueden constituir un referente inicial que propicie la reflexión sobre un aspecto tan importante como la justificación de los beneficios que reporta la práctica física, la educación física. La asunción acrítica de un pensamiento políticamente correcto que, solo aparentemente parece apoyar la conveniencia de la educación física, ha contribuido a consolidar una evidente carencia de identidad que, a menudo, encontramos detrás de nuestras contradicciones.

Quizá, una manera de paliar esta situación tan negativa sea la de considerar aquellos otros planteamientos menos confortables y actualmente menos conciliables con el pensamiento débil que, tradicionalmente, siempre la ha justificado apoyándose en la máxima de Juvenal: “Mens sana in corpore sano”.

Ya hace años, en una de mis monografías dedicada a la historia de la Educación Física en España, dedique un espacio a analizar los argumentos que, para calificar la conveniencia del ejercicio físico, propusieron algunos de sus detractores y, también, algunos de sus propagandistas. Tras el título “¿*Ortodoxos o heterodoxos?*”<sup>1</sup>, pretendía analizar algunos de aquellos criterios que en distintas ocasiones parecieron avales seguros para identificar la ortodoxia del juicio.

Ninguno de estos suelen mostrarse nunca con claridad irrefutable ni consiguen mantener una permanente cercanía a la utopía. A menudo no logran escapar del tópico y, quizá por eso, a estas alturas del siglo, aún abundan quienes siguen ruborizándonos cuando justifican la práctica físico-deportiva con el proverbial, manido y manipulado verso de Juvenal. Aun a riesgo de decepcionar a muchos devotos de lo políticamente correcto, debe recordarse que, en realidad, lo que el clásico latino dejó escrito en “Los votos” poco tenía que ver con las actuales intenciones pedagógicas de la educación física.

Hoy, después de más de ciento cincuenta años de reflexión sobre este tema, ni siquiera se ha conseguido, de forma unánime, un mínimo e inicial acuerdo que proclame, sin ningún género de dudas, porque la educación física es beneficiosa para el hombre. Ni siquiera el abuso de la máxima, “mens sana in corpore sano”, parece concitar ese consenso necesario para localizar su fuente. Tihamer Toth, sospechamos que de forma sesgada o al menos interesada, atribuye sus orígenes a la Sátira X de Juvenal que traduce, a nuestro parecer, quizá, demasiado libremente<sup>2</sup>:

<sup>1</sup> Pastor Pradillo, José Luis: *Gimnástica. De la inopia conceptual a la utopía metodológica*, Madrid, E.S.M., S.I, 2004, pp. 67-70.

<sup>2</sup> La referencia no coincide con la que oferta Rufino Blanco quien la sitúa en la obra de Juvenal “Vota” (Los votos). (Cfr. Toth, Tihamer: *La joven de carácter*, Madrid, Sociedad de educación “Atenas” S.A., 1945, p. 26).

*Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano;  
Fortem posce animun, mortis terrore carentem.  
Qui spatium vitae extremun inter munera ponat  
Naturae, qui ferre queat quos cumque labores,  
Nesciat irasci, cupiat credat saevos que labores  
Et venere et coenis et plumis Sardanapali.*

*Has de pedir alma sana en cuerpo sano.  
Pide ánimo fuerte, que no tema la muerte,  
que ponga entre los dones de la naturaleza el último momento de la vida,  
que pueda sobrellevar cualesquiera trabajos  
No sepa airarse, nada desee y tenga los trabajos y demás calamidades de Hércules en más  
que los placeres y cenas y plumas de Sardanápalo.*

Durante los últimos ciento cincuenta años, a menudo, el argumento que justificó la recomendación de la práctica del ejercicio físico se apoyaba en una concepción cartesiana del hombre que, además de errónea por dicotómica, se fundamentaba desde perspectivas diversas y a menudo muy discutibles. Desde la jurisprudencia, por ejemplo, para justificar la legitimidad de ciertos juegos, se argüían tópicos tomados de teorías que, ya por entonces, estaban obsoletas<sup>3</sup>:

*“El que vive de sus rentas y no tiene ocupación para su espíritu, el ajedrez, el tresillo, etc., pueden ser su distracción favorita; el hombre de escritorio que muchas horas tiene que estar sentado ocupado en la correspondencia ó contabilidad, tiene que dedicarse al bailar, a la pelota, a los juegos de fuerza para equilibrar su organismo; el hombre de estudio y de cálculo, para descargar su inteligencia, sólo puede encontrar solaz en lo que ésta menos puede preocuparse, y en el juego de azar hallará el descanso apetecido”.*

Otros, como Pedro Díaz, pedagogo y profesor de Escuelas Normales de Maestros, encontraban en el sufrimiento físico un eficaz recurso educativo y, como consecuencia, de la educación física, se sentía más interesado por su influencia sobre el carácter que por otros efectos de orden somático<sup>4</sup>:

*“Conviene que los niños se acostumbren al sufrimiento físico para que en el transcurso de la vida no echen de menos las comodidades que les niegue una suerte adversa; para que dominen la sensualidad y otras bastardas pasiones que con más facilidad se sienten en la molicie; para que tengan menos deseos y por consiguiente, sean más felices; para que puedan soportar sin gran violencia las contrariedades que mil vicisitudes hacen surgir; para que sean exactos en el cumplimiento de los deberes; y para que el espíritu no decaiga cuando el infortunio asesta rudos golpes”.*

Pero de cuantos argumentos se utilizaron para recomendar la conveniencia de la práctica de la Gimnástica y de la educación física de la nación, sin duda, al que con más frecuencia se recurrió fue la referencia a la raza<sup>5</sup>. Este concepto incluye en su seno una gran multiplicidad de matices y significados. Desde la Eugenesia de Sir Francis Galton a la interpretación que realizan los ideólogos del nacional-socialismo existe un amplio margen en el que ubicar su posible definición. En España, especialmente durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, la base conceptual más utilizada para justificar la conveniencia de la Educación Física se aproximaba más a la noción de estirpe, de nación, que a cualquier otra alusión de tipo étnico.

<sup>3</sup> Colóm y Beneito, Fernando: *La cuestión del juego*, Madrid, Imp. Ducazcal, 1889, pp. 21-22

<sup>4</sup> Díaz Muñoz, Pedro: *Compendio de Antropología. Higiene escolar y Pedagogía*, Salamanca, Est. tip. y libr. de Fernando Núñez, 1903, p. 281

<sup>5</sup> No en todos los casos ha de identificarse este concepto con un significado xenofobo. Durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, al menos en España, sus contenidos estuvieron más cercanos a la acepción de “linaje”, “estirpe”, pertenecientes a una nación tanto por su origen como por su condición de ciudadanos, que al significado etnográfico con el que ahora, después de los excesos nacionalistas de la segunda mitad del s. XX, se califica al término de manera peyorativamente.

<sup>6</sup> Saimbraum, (Dr.): *Salud, fuerza y belleza por medio de la gimnasia sueca*, Barcelona, HYMSA, 1912

Fueron, primero la Ilustración y más tarde el proceso de “medicalización” de la sociedad, quienes reclamaron la contribución del ciudadano en cuantas instituciones y actividades hace prosperar a la nación, al mismo tiempo que también afirmaban que la calidad de esta aportación siempre estaría en relación con el nivel de educación que éstos poseyeran. Esta educación, que ya se entendía de manera integral, incluía como parte fundamental la educación física. Como era lógico, los propagandistas de esta época no desaprovecharían ninguna oportunidad para ensalzar los valores de la educación física reiterándose este argumento, a veces, hasta la exageración. El Dr. Saimbraum, cuando recomienda la práctica de la gimnasia sueca, descubre la causa final de la decadencia española que atribuye a cómo “degenera nuestra raza”<sup>6</sup>:

*“Comparad a los payeses de la montaña con los obreros de Barcelona, al baturro de los campos con el obrero zaragozano, y veréis cuantos centímetros menos de diámetro torácico y muscular tiene el cuerpo del desgraciado obrero ciudadano. Comparad los andaluces de las sierras con los de Sevilla y Cádiz; a los americanos del bosque y de las pampas con los burgueses de las capitales y observaréis esa degeneración rápida de la raza. Y es que los habitantes de las ciudades, lo mismo en España que en América latina, no cultivamos como debiéramos la conservación y desarrollo de nuestro cuerpo mediante los adecuados ejercicios. Y ésta, si la estudiamos bien, es la raíz, la causa de nuestra inferioridad con respecto a los sajones. No solo de la inferioridad puramente física, sino como secuela forzosa de ésta, de la industrial, de la comercial, de la intelectual (...). De generación en generación va aumentando la decadencia física de nuestra raza, sumándose en el nieto las del padre y del abuelo y la suya propia. Así vamos a un raquitismo endémico, es decir, normal, nuestro, que llegará a formar ¡oh desgracia! parte de nuestra substancia.*

*Y esto sería la muerte de nuestra raza”.*

Para conseguir este objetivo regeneracionista, la escuela aparece como el escenario más idóneo. Así lo creen pedagogos tan destacados quienes, como Ricardo Rubio, afirman que “la misma fisiología actual de nuestra raza procede de muchas causas y muy complejas, y no poco contribuye a perpetuarla el período de la escuela, período hoy inevitable para la infancia, puesto que en él ha de recibir su educación, pero tan lleno de perniciosos influjos. De aquí la urgencia para estudiar la reforma”<sup>7</sup>. En ella, como venía insistiendo Pedro de Alcántara García Navarro, habría que atender “con especial cuidado la regeneración física de nuestro pueblo” mediante lo que denominaba como “el renacimiento físico” que concreta en los previsibles efectos producidos por la introducción, en las escuelas primarias y en los institutos de segunda enseñanza, del juego, de los ejercicios corporales, excursiones, colonias de vacaciones, diversos deportes como el pedestristo y el alpinismo y en la dotación de instalaciones como sanatorios, campos de juego, baños públicos de natación, etc.<sup>8</sup>

La inspiración nacionalista, como sustento de la educación física, no fue exclusiva de España sino que, por el contrario, en el centro de Europa se mostró más radical y, sobre todo, con matices que posteriormente se revelarán absolutamente perversos. Alberto Conradi, al prologar una de las obras de P. Müller, inicia su panegírico con la siguiente arenga<sup>9</sup>:

*“¡Hacer raza!. He aquí el problema que ocupa a los que ven claro en el porvenir de las sociedades y de los pueblos, a todos los gobiernos de las naciones civilizadas, pues por sabido se calla que las razas fuertes aniquilarán a las débiles”.*

Esta contaminación nacionalista inspiró sorprendentes conclusiones que, como ahora ocurre, de tornarse en decisiones políticas, hubieran constituido esperpentos que, por fortuna, unas veces la sociedad y casi siempre la historia se encargarían de descalificar. Este tipo de excesos ideológicos convencieron, por ejemplo, a Daniel Rodríguez para denunciar el peligro que, para la identidad española, representaba la aparición del deporte moderno<sup>10</sup>:

<sup>7</sup> Rubio, Ricardo: “La Gimnasia escolar y la educación física”, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, nº 432, (1896), pp. 70-74

<sup>8</sup> García Navarro, Pedro de Alcántara: “Llamamiento”, La Escuela Moderna, nº 88, (1898), pp. 5-6

<sup>9</sup> Müller, P.: *Mi sistema. 15 minutos de trabajo diario para la salud*, Madrid, Adrián Romo Ed., 1919

<sup>10</sup> Rodríguez, Daniel: *Crónica del sport (1894)*. [Cit., por López Mondejar, Publio: Visiones del Deporte. Deporte y fotografía en España 1860-1939, Barcelona, Lunwerg, 1991, p. 11].

*“El modernismo ha despertado entre nosotros una especie de monomanía con tendencia a asimilarnos cuanto leva el sello de lo exótico, constituyéndonos en imitadores de lo extranjero con gran detrimento de lo genuinamente español”.*



*Barreras, Julián de las: Gimnastica práctica, 1900.*

Lo errado de estos juicios resulta hoy, año de gracia de 2010, tan clamoroso que no nos resistimos a recordar el anuncio del previsible fracaso que, para el clarividente noticiero “El Heraldo del Sport”, obtendría, en nuestro país, la difusión del fútbol como consecuencia de una pretendida y manifiesta incompatibilidad con la idiosincrasia española<sup>11</sup>:

*“Parece que va tomando carta de naturaleza entre nosotros un ejercicio inglés llamado foot-ball. Aunque en nuestro modo de ser no encaje por completo la afición a este juego, sin embargo, no se puede negar que cuenta con bastantes entusiastas y los domingos por la mañana se ven los campos muy concurridos, desplegándose por los jugadores el mismo ardor que pueden desplegar los anglosajones”.*

Pero no todos concluían, cualquiera que fuera el proceso intelectual empleado, que la educación física era conveniente, recomendable y, por tanto, merecedora de su fomento entre el pueblo. Desde distintos sectores de la “vanguardia intelectual”, y por tanto progresista, lo que para algunos sería suficiente prueba de su ortodoxia, se dudaba que la difusión y la práctica físico-deportiva fuese pertinente. Antonio Machado, hace profesor de Gimnasia a Juan de Mairena y, entre las peculiaridades con que concibe a este personaje, lo muestra como maestro de Retórica, pensador de la España de su tiempo y filósofo erudito, aunque de singular doctrina y raro entender. Pero, en todo caso, no queda claro si, en la opinión de Machado, al profesor de Gimnasia le estaba permitido ejercitar a la vez músculo e intelecto sin detrimento para ninguno de ellos o si era, precisamente, esta rara compatibilidad la que singularizaba a tan estrafalario personaje.

Ya fueran conclusiones racionales, argumentos filosóficos, preceptos morales o mandamientos religiosos lo que suscitara la atención, el juicio que merecieron estos métodos no fue siempre idéntico. A menudo un incondicional entusiasmo se vio contrarrestado por una crítica inmisericorde y, con frecuencia, se generó una reflexión de la que no siempre salió demasiado

<sup>11</sup> Heraldo del Sport, (15 de febrero de 1902)

bien parada la vocación regeneracionista que pudieran poseer. Algunos, incluso, iniciando su crítica desde los conceptos más fundamentales, llegarían a poner en tela de juicio el mismo fin último de la Gimnástica dudando de que la educación física fuera un bien recomendable y, por consiguiente, deseable para el pueblo.

Pero, al margen de esta cuestión, lo que nos interesa en esta ocasión es reflejar cómo no era generalmente aceptado por toda la intelectualidad el carácter benéfico de la educación física e invitar a nuestros lectores a que asuman o rechacen estos argumentos para que, desde la discrepancia o el acuerdo, inicien la reconstrucción de la epistemología que sustente su propia identidad<sup>12</sup>:

Con toda seguridad, las críticas que formularon muchos intelectuales hacia la Gimnástica estuvieron sustentadas por razones que, si bien no aparecían convenientemente argumentadas, a menudo dejaban traslucir la desconfianza que generaba la sospecha, o la intuición, de una insuficiente eficacia que solía encubrirse con utópicos fines, con pretendidos valores benéficos o con voluntariosas metodologías a menudo obsoletas y extravagantes. Con pretextos semejantes, el Dr. Sergui, recriminaba a la Gimnástica su inútil empeño por justificar su conveniencia, alegando su eficaz contribución a la regeneración de la raza. Hasta tal punto encontraba estéril su empleo, que no dudaba en asegurar que si fuera Ministro “*determinaría a los tres días de serlo la destrucción de todos los gimnasios y licenciaría a todos los maestros de gimnástica*”<sup>13</sup>.

También desde sectores calificados de vanguardistas se dudaba del influjo benéfico que pudieran ejercer los ejercicios corporales. Antonio Machado, como ya anticipábamos, pese a hacer profesor de Gimnasia a Juan de Mairena, coloca en su boca toda una soflama contra la educación física<sup>14</sup>:

*“Siempre he sido –habla Mairena a sus alumnos de Retórica- enemigo de lo que hoy llamamos, con expresión tan ambiciosa como absurda, educación física. Dejemos a un lado a los antiguos griegos, de cuyos gimnasios hablaremos otro día. Vengamos a lo de hoy. No hay que educar físicamente a nadie. Os lo dice un profesor de Gimnasia*<sup>15</sup>.

*Para crear hábitos saludables –añadía- que nos acompañen toda la vida, no hay peor camino que el de la gimnasia y de los deportes, que son ejercicios mecanizados, en cierto sentido abstractos, desintegrados tanto de la vida animal como de la ciudadana. Aun suponiendo que estos ejercicios sean saludables –y es mucho suponer-, nunca han de sernos de gran provecho, porque no es fácil que nos acompañen sino durante algunos años de nuestra efímera existencia. Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleite en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeñe en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables capaces de atravesar la sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya que por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras o de encontrar una nueva especie de lagartijas.*

*Todo deporte, en cambio, es trabajo estéril, cuando no juego estúpido. Y esto se verá claramente cuando una ola de ñoñez y de americanismo invada nuestra vieja Europa.*

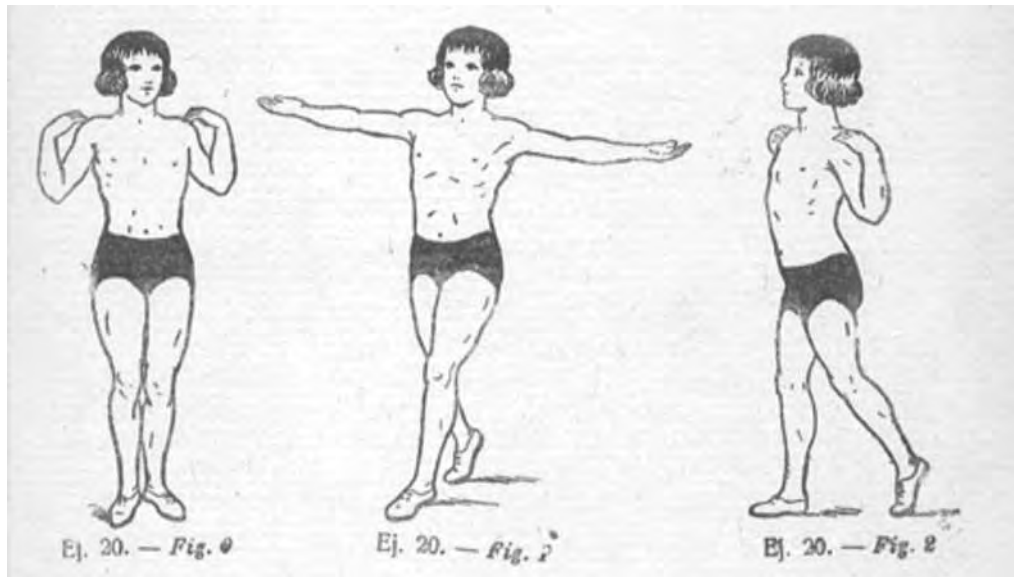
<sup>12</sup> Machado, Antonio: Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, 1936, (Edición de José María Valverde), Madrid, Ed. Castalia, 1971, pp. 96-97

<sup>13</sup> “La enseñanza de la gimnástica según el Dr. Sergui”, La Escuela Moderna, t. IX, (1895).

<sup>14</sup> Machado, Antonio: Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, 1936. (Cfr. la edición de José María Valverde, Madrid, Ed. Castalia, 1971, pp. 96-97)

<sup>15</sup> Juan de Mairena era, oficialmente profesor de Gimnasia y sus clases de Retórica, gratuitas y voluntarias, las impartía al margen del programa oficial del Instituto en que prestaba sus servicios docentes.

*Se diría que Juan de Mairena había conocido a nuestro gran don Miguel de Unamuno, tan antideportivo como nosotros lo conocemos: jam senior, sed cruda deo viridisque senectus; o que habrá visto al insigne Bolívar<sup>16</sup> cazando saltamontes a sus setenta años, con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera Carpetovetónica” (sic).*



*Madame Montefiore: La gimnasia recreativa, 1925.*

Efectivamente, el que fuera Rector de la Universidad de Salamanca, no se mostró excesivamente complaciente ni con los nuevos usos sociales que representaban los deportes ni con el nuevo ámbito educativo que inauguraba la Gimnástica<sup>17</sup>:

*“El juego que es lo más educador, y por eso los pedagogos se preocupan de él y estudian el modo de introducir entre los niños ... juegos educativos. Sin pensar que lo son todos, y tanto más cuanto más espontáneos y menos intervenidos por los mayores. Pues cuando el mayor, cuando el pedagogo piensa enseñar jugando, suele jugar a la enseñanza, y no enseña nada que lo valga.*

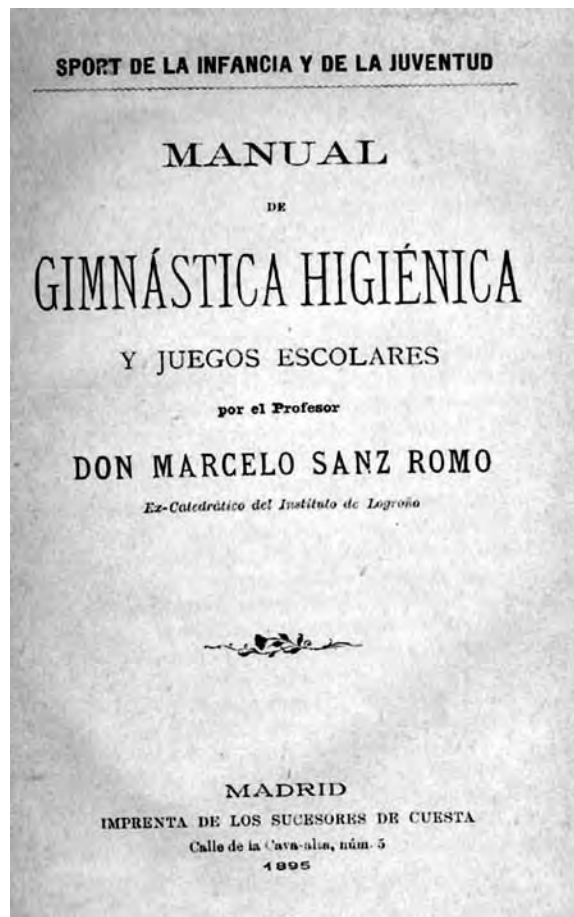
*Aquí tenemos dos juegos de niños, el de boys scouts y el fot-ball, ambos con nombres ingleses. ¿Y con qué esencia?*

*Eso de los boy-scouts –escultismo (!) hemos leído- fue una introducción de mayores, pedantesca y tendenciosa, de pedagogía puramente formal, de disciplina vacía y de ... liturgia (...). Los pedagogos de los boy-scouts eran, con toda su buena intención y excelente ánimo –que no podemos poner en duda- los menos calificados para educar fundamentalmente a niños, y en una disciplina que lo sea, y no mera liturgia. Su absurdo sentimiento de jerarquía no natural les estorbaba para ello. No eran pedagogos realistas, de realidades, de res, esto es: de sombras de cosas. Y sombras sin cosas.*

<sup>16</sup> Ignacio Bolívar (nacido en 1850?), naturalista, profesor de la Universidad de Madrid, vinculado a medios “institucionalistas” fue académico en 1930.

<sup>17</sup> Unamuno, Miguel: “Boyscouts y futbolistas”, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, nº 730, año XLV, (1921), pp. 14-15.

*Habría que haberles educado antes a ellos, deseducándoles previamente (...). Y nos fuimos a ver una partida de foot-ball, un juego sin protección de Real orden, sin pedagogos profesionales, sin tendenciosidad de patriotismo de trapo y no de fibra viva, sin otra disciplina que la que surge del mismo juego. Y como más espontáneo y más libre y menos intervenido, más educador y más ... divertido. ¿No os parece, lectores liberales y civiles, esto de candente actualidad política?. El que esto escribe no está ya en edad de andar a puntapiés con balones –o con otros chirimbolos cualesquiera-, pero antes lo haría que ponerse un uniforme de explorador para no explorar nada, aprenderse cuatro hurras y siete saludos, y plantarse en la solapa un <siempre adelante>, para estarse quieto como aquellos coros de zarzuela que cantan >¡marchemos! ¡marchemos!>, marcando el paso delante de las candilejas, pero sin avanzar ni uno”.*



Marcelo Sanz Romo: *Manual de Gimnástica Higiénica y juegos escolares*, Madrid, 1895.

Al margen de la justicia contenida en su valoración del escultismo parece que el gran filósofo español tampoco supo intuir la proyección y la naturaleza que el fútbol, como fenómeno social, llegaría a alcanzar con el tiempo. Sin embargo, no se podrá achacar a esta causa el concepto que actualmente sostiene Juan Manuel de Prada hacia el agonismo físico sino, más bien, como el mismo indica, a la ingrata experiencia de un adolescente con su propio cuerpo y con el de los demás<sup>18</sup>.

*“Siendo adolescente me preguntaba por qué mi expediente académico tenía que incorporar aquella asignatura plebeya y volatinera, consistente en brincar por encima de un instrumento de tortura denominado potro, trepar por una soga que parecía rescatada de algún patíbulo o estamparme los morros sobre una colchoneta sin somier. Para mí, el gimnasio del colegio era la metáfora más aproximada del infierno, no ya como lucus (acababa de leer al Dante en traducción un poco infecta del Capitán General Juan de la Pezuela, Conde de Cheste), sino como estado de ánimo propiamente dicho. Al entrar en aquel lugar concebido para el maltrato de seres humanos, se apoderaba de mí una desesperanza sin remisión. ¿Para que servía aquella esclarea suspendida horizontalmente en el aire? ¿Y aquel plinto desmontable que parecía uno de esos catafalcos fúnebres que los prestidigitadores emplean en sus números de magia? ¿Y aquellos barrotes de madera adheridos a la pared, eufemísticamente llamados <espaldas>, sobre los que nos obligaban a suspendernos, como penitentes que remedan la crucifixión? ¿Que facultad del alma estimulaban el pino, la voltereta lateral, el crudelísimo pino-puente, que tantas lesiones de espalda y magulladuras me aportó? ¿Que utilidad para la vida brindaban aquellos artilugios concebidos por algún discípulo de Sade?”*

Las causas de tanta desazón anímica no podían sino estar archivadas en el mismo apartado que otras sórdidas experiencias y fétidos locales aunque entre ellos no existieran otras relaciones que las inconfesables fobias del columnista. Por eso parece sincero cuando afirma que:

*“Odiaba los gimnasios con la misma minuciosa aprensión que odiaba –y todavía odio– las playas abarrotadas de Benidorm, los retretes públicos, las timbas donde restallan los gargajos y las fichas de dominó. Mis profesores de <educación física> (así se llamaba, con hiperbólica pomposidad, la asignatura de marras) aseguraban que la gimnasia contribuye a la salud e higiene del alma y del cuerpo y mejoraba nuestra conducta social. Creo que, traducido al román paladino, querían decir que fomentaba el gregarismo y nos dejaba exhaustos para pecar solitariamente contra el sexto mandamiento. Así nos mantenían aborregados y castos. A mí, que siempre he sido más bien guarrindongo y misántropo, no me entraba en la cabeza que se pudieran encauzar tan alevosamente nuestras fogosidades juveniles, y me revelaba contra las imposiciones del profesor de gimnasia pretextando cualquier lesión inverosímil, esguince de flato o desprendimiento de pestaña, por ejemplo. Y me quedaba en un rincón, leyendo al Dante en la versión del Conde de Cheste”*.

Y, enfrentándose decididamente al mayoritario error, intenta adentrarse en los confines de la heterodoxia extrañándose de integrar él mismo aquella minoría que está en el secreto de casi todas las cosas:

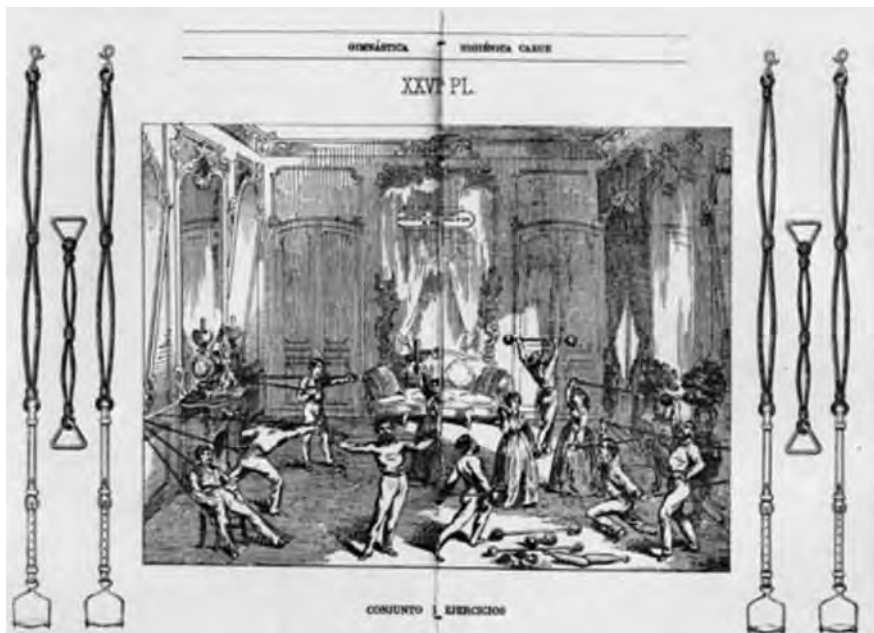
*“Para mi perplejidad o estupefacción, compruebo que una proporción nada desdéniable de la población adulta sigue frecuentando los gimnasios, y que hasta paga*

<sup>18</sup> Prada, Juan Manuel: “Gimnasios”, Blanco y Negro (Animales de compañía), (31-X-1999), p. 12.



por ello. Al principio, intentaba explicar esta curiosa manifestación del masoquismo colectivo como un efecto de la educación perniciosa recibida: los tormentos, como los placeres, crean adicción, y propician estas perversiones de la voluntad. Porque yo concibo que a una persona le guste hacer ejercicio, trepar por un sendero empinado y hasta marcarse una carrerita de vez en cuando (siempre que no se disfrace con un chandal galáctico, porque aquí ya entramos en el terreno de lo patológico); lo que no concibo es que, en lugar de ejecutar estas formas lúdicas del esfuerzo, se encierre en un barracón con olor a sobaquina y se chupe una sesión de stepper, ese simulador que imita el movimiento de subir escaleras, o que eche los bofes en la cinta de correr, o que se acople a esas máquinas aeróbicas, versión moderna de las galeras, con las que se fortalecen los músculos abdominales y no sé qué otras protuberancias de la silueta. Sísifo no se habría imaginado que iba a contar con tantos herederos de su condena dispuestos a ejecutar gozosamente lo que para él constituyó un castigo de los dioses. ¿Qué rocambolesca salud mental y física pueden proporcionar estos artilugios botarates?

Yo creo que, como diría mi abuelo, a todos estos pipiolos de gimnasio habría que ponerlos a cavar. Lo digo sin atisbo de ironía, a sabiendas de que estoy formulando un exabrupto (pero los exabruptos bien colocados favorecen mucho la literatura). A todos los que dedican sus ocios al exterminio de la saludable barriga, al aniquilamiento de esas benditas grasas abdominales que tanto abrigan en invierno, a todos los que han convertido el espontáneo ejercicio de la vida en una liturgia monótona y mortificante, habría que suministrarles una pala y un azadón. Sus cerebros obcecados en el cómputo de pulsaciones tampoco iban a notar la diferencia, y al menos no tendrían que respirar la atmósfera atigrada de los gimnasios. Y ahora, si me disculpan, me voy a dar un paseíto por el parque, para mover un poco las piernas.”



J.B. Carue: *Tratado práctico de Gimnástica Higiénica*, París, 1880, p. 75.

Quizá, en el fondo, el artículo de Juan Manuel de Prada no revele sino la permanencia de la vieja cuestión que planteaba la incompatibilidad entre el cuerpo y el intelecto, entre el soma y el espíritu. La obligada elección que entre ambos algunos pretenden ineludible no solo excluiría siempre a uno de ellos sino que, además, impediría su conocimiento, trasladando así el juicio o el prejuicio del análisis al tópico, de la reflexión al esperpento de la caricatura y de la heterodoxia al estereotipo.

Con independencia de las frustraciones que pudieran ocasionar los gimnasios a aquel adolescente, en sus reproches se traslucen muchos de los prejuicios que, desde el s. XIX, quizás justificaron la pretendida incompatibilidad entre el cuerpo y el intelecto. Con argumentos cercanos a aquellos, incluso desde la esfera de la Pedagogía, surgirá una corriente de rechazo hacia los "sports". En unos casos se alegará el potencial peligro que podían suponer para la misma educación física. Demeny aseguraba que "mientras que el sport exista bajo su forma actual en los centros de la juventud, no habrá educación física posible (...). Hasta aquí, en lugar de hacer hombres hemos buscado la manera de hacer campeones de sport imposibles. En lugar de emprender una obra pedagógica, hemos montado espectáculos"<sup>19</sup>. En otros, desde encendidos planteamientos nacionalistas, proclamaban con patriótico énfasis: "¡Nada de atletas!. Estúpida innovación de los ingleses"<sup>20</sup>.

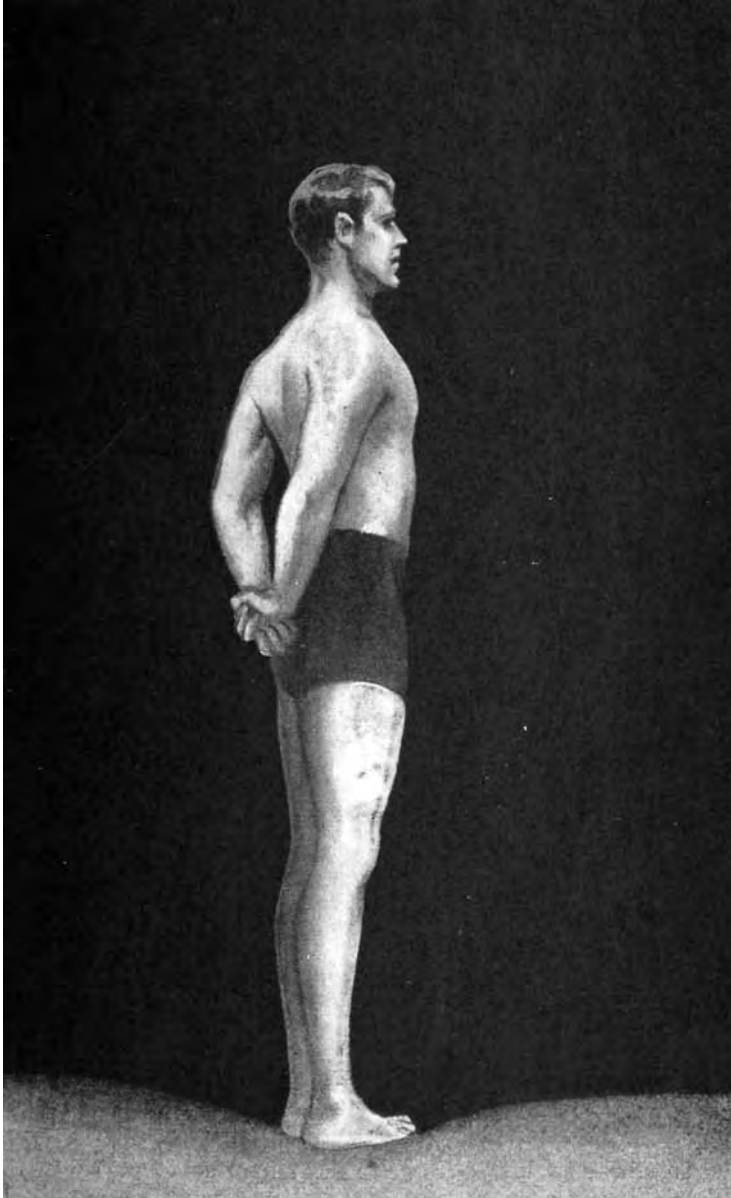
Incluso desde el ámbito de la educación física, en la pugna que entre la Gimnástica y los Sports se empezaba a manifestar, destacaron posturas radicalmente beligerantes para quienes, como fue el caso del gimnasiarca propagandista Marcelo Sanz Romo, el deporte alcanzaba todas sus posibilidades negativas en la competición. En su criterio "el campeonismo es (...) el virus que envenena a la educación física (...), el abuso de los deportes, hoy en boga, constituye un peligro para la salud por las consecuencias fatales de los ejercicios violentos; ellos agotan las energías que se salvaron de la acción destructora de los centros de degeneración, alcoholismo, lecturas eróticas, cabaret, etc."<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Demeny, Georges: *El Sport i la educación física*, La Garriga, Imp. Mercantil, 1931, p. 131.

<sup>20</sup> Payo, Julio: *La educación de la voluntad*, Madrid, Ginés Carrión Impresor (Biblioteca Científico-filosófica), (3ª edicc.), 1907.

<sup>21</sup> Sanz Romo, Marcelo: *Educación Física. Metodología de la Gimnasia racional*, Madrid, Francisco Beltrán Libr. española y extranjera, 1934, p. 9.



*Dr. Saimbraum: Salud, fuerza y belleza por medio de la gimnasia sueca, Madrid, (1910)*

A menudo, el Estado pretendió resolver estas pugnas otorgando, mediante el refrendo de las instituciones, su respaldo a uno de los planteamientos garantizando así la identificación de una ortodoxia que se apoyaba en la legalidad y en la jurisprudencia. En el caso del deporte, la franquista Delegación Nacional de Educación Física y Deporte, coherente con el paternalismo característico del régimen, a través de su Boletín Oficial, resume en un decálogo lo que debería haber sido la interpretación ortodoxa del deporte durante la década de los años sesenta<sup>22</sup>:

- 1.- Cuida tu cuerpo y vigila su fortaleza como residencia. No le robes ninguna de las energías que necesita para hacerse el más fuerte y el mejor.
- 2.- Que le lleven al triunfo los más puros esfuerzos, los más nobles estímulos, la fe en que sólo el mejor merece la victoria.
- 3.- Exalta la gran fiesta del deporte en toda la pureza de su expresión. Que tu corazón se alegre y se active ante la oportunidad de una limpia competición.
- 4.- Honra a tu enemigo y no envidies su triunfo. Considéralo como un ejemplo y una fuerza para tu propia superación.
- 5.- Que cobre en ti sentido la actuación en equipo: piensa que no eres uno en tu impulso, pero que has de proyectarlo hacia el triunfo de todos.
- 6.- Considera el entrenamiento como un camino esforzado de tanto valor como la más decisiva de las pruebas. Imagina sin soberbia que un músculo tuyo puede mover el mundo.
- 7.- Respeta la norma que no ha de ser para ti un yugo sino algo que te dará claridad y sentido en el juego. No se trata sólo de vencer sino de aparecer siempre como vencedor.
- 8.- Que no te engañen los laureles. La verdadera recompensa por tu esfuerzo debe estar en el fondo de tu corazón.
- 9.- Al actuar deportivamente, lo haces por la mayor gloria de tu patria. Tu tarea es una potencia más que vendrá a cimentar la honda vitalidad de España.
- 10.- Piensa, con humildad, en tu victoria. Eres un instrumento de Dios y un ejemplo de su gracia sobre la tierra.

Hoy, mantener esta comprensión del deporte, posiblemente, sería absolutamente heterodoxa y, lo que es peor, muy poco pragmática o realista especialmente si, además, esta calificación se realizara dentro del ámbito deportivo.

## DOCUMENTOS CITADOS:

TOTH, TIHAMER: *La joven de carácter*, Madrid, Sociedad de educación "Atenas" S.A., 1945.

COLÓM Y BENEITO, FERNANDO: *La cuestión del juego*, Madrid, Imp. Ducazcal, 1889.

DÍAZ MUÑOZ, PEDRO: *Compendio de Antropología. Higiene escolar y Pedagogía*, Salamanca, Est. tip. y libr. de Fernando Núñez, 1903.

SAIMBRAUM, (Dr.): *Salud, fuerza y belleza por medio de la gimnasia sueca*, Barcelona, HYMSA, 1912.

RUBIO, RICARDO: "La Gimnasia escolar y la educación física", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 432, (1896), pp. 70-74.

<sup>22</sup> "Decálogo del joven deportista", Boletín Oficial de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, nº 199, (mayo, 1960), pp. 33-36.

GARCÍA NAVARRO, PEDRO DE ALCÁNTARA: "Llamamiento", *La Escuela Moderna*, nº 88, (1898), pp. 5-6

MÜLLER, P.: *Mi sistema. 15 minutos de trabajo diario para la salud*, Madrid, Adrián Romo Ed., 1919.

MACHADO, ANTONIO: *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, 1936, (Edición de José María Valverde), Madrid, Ed. Castalia, 1971. "La enseñanza de la gimnástica según el Dr. Sergui", *La Escuela Moderna*, t. IX, (1895).

MACHADO, ANTONIO: *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, 1936. (Cfr. la edición de José María Valverde, Madrid, Ed. Castalia, 1971, pp. 96-97).

UNAMUNO, MIGUEL: "Boyscouts y footballistas", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 730, año XLV, (1921), pp. 14-15.

PRADA, JUAN MANUEL: "Gimnasios", *Blanco y Negro* (Animales de compañía), (31-X-1999), p. 12.

DEMENY, GEORGES: *El Sport i la educación física*, La Garriga, Imp. Mercantil, 1931.

PAYO, JULIO: *La educación de la voluntad*, Madrid, Ginés Carrión Impresor (Biblioteca Científico-filosófica), (3ª edicc.), 1907.

SANZ ROMO, MARCELO: *Educación Física. Metodología de la Gimnasia racional*, Madrid, Francisco Beltrán Libr. española y extranjera, 1934.

"Decálogo del joven deportista", *Boletín Oficial de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes*, nº 199, (mayo, 1960), pp. 33-36.